

LILY DEL PILAR

*Still
with
you*

1

Se suponía que Jong Sungguk fue enviado a ese domicilio solo para una inspección de rutina. Una vecina del lugar había reportado un olor nauseabundo proveniente desde la casa de al lado.

«Olor a muerto», declaró al llamar a la policía.

Los antecedentes recopilados por la telefonista del caso eran de una señora que rondaba los sesenta años. Según su vecina, la última vez que la vio fue en la iglesia, hace ya más de una semana. Vivía sola, no parecía tener familiares y solo era visitada por amigas en raras ocasiones. Con el evidente sobrepeso que declaró la vecina a la telefonista, no era raro pensar en un posible ataque cardíaco.

—Detesto cuando la gente muere sola —comentó el compañero de rondas de Sungguk, Lee Minki.

Tenía los brazos cruzados en el asiento del copiloto y la vista clavada afuera. Llovía, no muy fuerte, pero lo suficiente para resultar molesto.

—No sabemos si está muerta —dijo Jong Sungguk, por fin apagando el motor.

—Mal olor de hace días, nadie la ha visto por una semana, vive sola, tiene obesidad... no sé, a mí me parece clarísimo. Deberían haber enviado a los forenses, no a nosotros.

Sungguk puso los ojos en blanco y se acomodó el arma de servicio, que hasta ahora no le había tocado utilizar pues llevaba solo unos meses graduado de la escuela de policía. Entonces abrió la puerta y salió, Minki lo siguió protestando.

El barrio era de clase media. Había casas con antejardines no cercados y una terraza como antesala a la puerta principal, de madera, todas con el mismo diseño. Dos pisos de alto y un entre-

techo no muy grande, que tenía una ventana redonda por donde se colaba la luz.

Nada más acercarse a la casa, un poco destartada en comparación a la de los vecinos, la puerta de al lado se abrió. Salió una mujer cubriéndose con un chal.

—Hola, soy la vecina que llamó —se presentó.

Lógicamente, pensó Sungguk, ese tipo de personas tendían a presentar un comportamiento ansioso y fisgón.

—Mi nombre es Jong Sungguk —dijo acercándose hasta llegar a las escaleras de madera que subían a la casa de la señora—. Y él es Lee Minki.

Ella los recorrió con la mirada antes de dirigir su atención a la casa vacía, que tenía las luces apagadas a pesar de que el atardecer se diluía.

—Son muy jóvenes —la escuchó musitar.

Claro, por lo mismo los habían enviado a esa inspección de rutina. A diferencia de Sungguk, que llevaba solo cuatro meses de servicio, Minki iba por el año. Ambos, como bien dijo la señora, eran demasiado jóvenes.

—Por cierto, mi nombre es Hee.

Sungguk asintió.

—Señora Hee, hemos recibido una llamada de su parte indicando malos olores.

—Olor a muerto —corrigió ella—. Ahora no se siente por la lluvia, pero era insoportable.

—Entiendo —dijo Sungguk.

Por el rabillo del ojo se fijó en Minki, quien recorría el jardín vecino con aire tranquilo, una rutina para ambos.

—Hace más de una semana que Lara no aparece —continuó—. Ella no tiene familiares... su hijo murió hace quince años, más o menos, en un accidente de automóvil, fue realmente terrible. Quedó incrustado entre los fierros y tuvieron que

cortar el auto para poder sacarlo. Desde ahí que Lara no ha sido la misma.

—¿Sabe si el último tiempo Lara ha sido visitada por alguien?

—Solo su grupo de amigas. Vinieron hace... unas dos semanas, un poco menos tal vez... con la edad uno ya no recuerda tan bien las cosas.

—¿Algo más que agregar? —agregó Sungguk.

La señora pareció dudar antes de contestar.

—Ayer creí ver una luz prendida en el altillo, pero desapareció de inmediato, creo que solo fueron imaginaciones mías.

Posiblemente lo eran, pensó Sungguk. Que la señora Hee pensase que su vecina Lara estaba muerta era suficiente antecedente para imaginarse una casa embrujada. De nada le sorprendía su avistamiento.

—¿Algo más? —preguntó mientras se arreglaba la gorra por la que escurría agua que mojaba su chaqueta.

—Toqué la puerta un par de veces en la semana, pero nadie salió —dudó antes de continuar—. ¿Estará muerta?

—Ahora procederemos a investigar.

Tras una afirmación, Sungguk se dirigió donde su amigo Minki, que estaba intentando inspeccionar el patio trasero de la casa.

—¿No crees que es extraño que esté el patio cubierto? —preguntó con desconcierto—. El barrio es tranquilo y nadie tiene rejas.

—Tal vez le gusta la privacidad —dijo Sungguk.

¿Pero una mujer que vivía sola, que era poco visitada por sus amigos y que tenía el patio trasero techado? Ninguna historia normal comenzaba así.

Sin más palabras, se acercaron a la casa encendiendo las linternas, mientras que la oscuridad de la calle apenas era combatida por las farolas que desprendían una leve luz anaranjada.

Al subir al porche de la casa sus pasos resonaron en la escalera. Las tablas estaban sueltas y parecían faltarle varias capas de barniz. La puerta también se veía descascarada.

Como lo dictaba el protocolo, tocaron el timbre. Nadie salió, tampoco se escuchó ruido desde el interior. Volvieron a intentarlo, esta vez golpeando directo la puerta.

—Hola, es la Policía de Daegu —dijo Minki—. Recibimos una llamada por malos olores, ¿hay alguien en casa?

Nada.

Sungguk se movió a una ventana cubierta por visillos gruesos que ocultaba el interior de la casa; intentó abrirla, pero se encontraba sellada con un pegamento blanco. Apoyando la linterna en el vidrio, Sungguk apegó la cara para intentar ver dentro. Era el comedor. Una mesa de cuatro puestos, dos asientos desacomodados comparados con los otros dos. Al intentar moverse hacia la otra ventana, se encontró a Minki espiando igual que él; también estaba sellada.

—Es el living —dijo—. Se ve todo normal. Un sofá de tres cuerpos y uno de esos reclinables. Una televisión... espera, adentro se ve mejor cuidado que afuera, ¿no crees?

Sungguk pensaba lo mismo. Lo poco que había alcanzado a analizar se veía ordenado y pulcro.

Volvió a la puerta y tocó. Otra vez nada.

—Bueno, tendremos que forzarla —concluyó Minki—. Debe estar muerta. En serio detesto encontrar a gente que murió sola y que nadie se enteró en días... es triste. Sungguk, prométeme que irás a visitarme al departamento si un día no aparezco en el trabajo.

Ambos se dirigieron al automóvil a buscar unas herramientas para forzar el cerrojo.

—Vives con tu novio, de seguro él nos alertará si mueres.

—¿Y si estamos peleados, Jaebyu me abandona en el departamento y yo me muero de pena? —preguntó mientras sacaba un

cincel y un martillo—. Es algo que podría pasar. Sabes que soy melodramático y me tomo mal nuestras discusiones.

—Prometo que iré a verte si un día no apareces a trabajar —repitió a regañadientes, dirigiéndose otra vez a la casa.

Minki golpeó el cerrojo en el ángulo preciso. Se rompió con facilidad.

—La gente compra pestillos tan malos... —se quejó Minki mientras abría la puerta con el hombro.

El olor los golpeó como una cachetada. Nauseabundo, podrido, descompuesto. Era el olor indudable de la muerte.

—Te lo dije —se quejó Minki sacando un pañuelo para cubrir su nariz y boca.

Sungguk hizo lo mismo. Siguiéndolo a unos pasos y observando por sobre su cabellera rubia el lugar, apuntaba con su linterna de aquí para allá. El interior estaba ordenado y bonito. La casa parecía haber sido pintada hace poco y el piso de madera se encontraba lustrado. La imagen no calzaba con el olor.

—¿Cuántos días llevará...? —Minki dejó de hablar cuando se asomó a una habitación. Dio un largo suspiro—. Aquí está, Sungguk.

Se dirigió hacia su compañero evitando tocar algo que pudiese entorpecer la escena.

En medio de la cocina amplia yacía en el suelo el cuerpo de una mujer de unos sesenta años con evidente obesidad. Estaba hinchada y amoratada, evidentemente descompuesta.

—No tendremos que tomarle el pulso, ¿cierto? —bromeó Minki sacando su celular para grabar unas notas de audio—. Se encuentra cuerpo, en medio de la cocina, en avanzado estado de descomposición. Mujer de unos sesenta años, cien kilos, metro... sí, metro sesenta aproximadamente, cabello rubio tinturado y con canas en la raíz. Viste una camisola de pijama. No parece haber indicios de agresión. Todo indica muerte natural.

Sungguk se acercó colocándose en cuclillas a su lado para examinar el cuerpo. Manos, muñecas, cuello, tobillos, rostro. Toda la piel que quedaba al descubierto por la camisola no parecía tener daños físicos. La expresión de la mujer era de pánico, lo que no era de extrañar; el miedo a morir era un rostro recurrente en muertos.

—Su posición es peculiar —comentó Sungguk.

Minki se acercó de inmediato.

—¿Por qué lo dices?

—Si hubiera muerto sola y de un ataque al corazón, ¿no debería estar afirmándose el pecho? Duele, los ataques al corazón duelen, esa debería ser su reacción natural —apuntó hacia la cocinilla, donde quedaban los restos de comida quemada en el sartén—. El fuego está apagado y no creo que ella haya tenido el control para hacerlo, porque, de ser así, ¿no debería a lo menos haber llegado al teléfono? Tiene los brazos sobre el estómago. Alguien la acomodó antes del *rigor mortis*, que comienza a la media hora.

Minki ladeó la cabeza.

—¿La mataron?

—Tal vez no, pero alguien estaba con ella.

Eso, por extraño que pareciera, le sacó un suspiro de alivio a Minki.

—No murió sola.

—¿Preferes un asesinato antes que una muerte natural y solitaria?

—Eh, no me mires así. Yo antes no era tan rarito. Ver demasiado de esto... —apuntó la escena— hace que se me trastoque el cerebro.

Sungguk puso los ojos en blanco.

—Ve por las radios y pide que manden un equipo.

—Soy tu *hyung** y tengo más experiencia, yo debería darte las indicaciones.

—Qué importa eso, Minki, solo ve.

Pareció querer refutarlo, pero al final terminó saliendo con paso rápido.

No fue sino hasta que el ruido de los pasos de Minki se perdió al salir de la casa, que el silencio volvió a ser ensordecedor. Un escalofrío le recorrió la espalda a Sungguk, ya no tan feliz de estar a solas con el cuerpo.

Colocándose de pie y estirando las rodillas, inspeccionó las tazas sucias del fregadero. Eran dos. La casa por dentro estaba cuidada, aunque por fuera no. La mujer parecía no haber muerto sola...

Entonces la madera crujió sobre su cabeza.

Al parecer, no estaban solos en la casa.

* Título honorífico coreano para llamar a los hermanos mayores o amigos cercanos de más edad.

2

Agudizó el oído para intentar captar de dónde provenía el ruido. No parecía ser del segundo piso, se escuchaba más alejado. Posicionando la mano en su arma de servicio, dio unos pasos hacia la escalera. Se detuvo al escuchar la queja de Minki desde afuera.

—Jefe —decía en broma—, ya los llamé y dicen que en dos horas, están ocupados con un asesinato en...

Sungguk se apresuró hacia el porche, posicionando su dedo sobre la boca para mandarlo a callar. Minki captó de inmediato y se acercó con las radios portátiles en las manos, entregándole una para que la enganchase en el cinturón.

—Hay alguien más en la casa —susurró Sungguk—. Debe estar arriba.

—¿El asesino está ahí dentro? —jadeó Minki con los ojos abiertos de par en par.

—Eso no lo sé —lo reprendió Sungguk—, pero hay alguien. Minki asintió llevándose también la mano al arma de servicio.

—¿La saco?

—No, solo mantente atento, vamos a explorar el primer piso para ver si está despejado o...

—¿Crees que haya dos personas? —musitó—. ¿No deberíamos llamar a los refuerzos y esperar a que lleguen? Si me pasa algo hoy, Jaebyu morirá de tristeza. Hoy es nuestro cuarto aniversario y debía llegar temprano a casa, generalmente me prepara una cena y...

—¡Concéntrate! —lo interrumpió—. Además, podría ser un gato.

Un gato muy gordo para hacer crujir la madera de esa manera. Un gato de por lo menos cincuenta kilos.

—Debería llamar a Jaebyu.

—Solo vamos, Minki.

Volviéron a ingresar, esta vez con pasos más suaves y sigilosos. Sus miradas recorrieron cada esquina de la casa, abriendo las puertas para revisar dentro de: alacena, muebles lo suficientemente grandes para esconder a alguien, cocina, baño, sala de estar, comedor.

Todo estaba despejado.

Sungguk apuntó al segundo piso, Minki asintió y ambos subieron. Arriba solo había un pasillo y tres puertas, dos a la izquierda y una a la derecha. Minki se fue a la izquierda, por lo que Sungguk abrió la que le correspondía alzando su pistola.

Nadie.

Solo había un cuarto. Una gran cama de hierro de dos plazas con faldón con volantes, muy anticuada para la época. Dos veladores y un escritorio que daba hacia la ventana; Sungguk notó que el techo del patio tapaba la mitad de ella. ¿Quién pediría un tejado que cubre la mitad de la ventana?

Entonces fue cuando lo volvió a escuchar.

Una pisada sobre su cabeza.

Salió al pasillo, Minki había revisado una de las puertas, pero todavía le faltaba una. También miraba al techo.

—Es una habitación de un niño, Sungguk —explicó en un susurro.

¿Vivía un niño en la casa? ¿Pero dónde?

Su mirada se clavó en la trampa. ¿Se encontraba encerrado ahí? ¿Un niño llevaba abandonado en esa casa más de una semana?

—Revisa la última pieza —pidió Sungguk, guardando su arma y agarrando un hierro con punta de gancho que reposaba a un costado de la escalera.

—¿Qué pasa? —preguntó Minki.

—Creo que está encerrado arriba.

Los ojos de Minki reflejaron su desconcierto, su labio prominente formó una expresión de tristeza.

—Si eso es cierto, creo que esto es peor de lo que imaginé.

Sungguk logró enganchar la trampilla y tiró de ella. Se desplegó una escalera.

Con la linterna en alto comenzó a subir lentamente. Su otra mano, posicionada en el arma de servicio, temblaba. ¿Debería sacarla? ¿Debería ingresar al tercer piso con ella en alto? ¿Pero si era un niño? ¿Y si reaccionaba mal y le disparaba accidentalmente? ¿Pero si no era un niño y se le abalanzaba el asesino que Minki decía?

Contra las reglas, dejó el arma descansar en su cadera y asomó la cabeza por el ático. Nadie intentó herirlo. Su linterna apuntó de manera frenética todos los rincones en búsqueda de algo.

En ese momento, iluminó el rostro asustado de alguien.

Cabello castaño claro, ojos enormes, mejillas enjutas, piernas contra el pecho, lágrimas manchando su piel, camiseta ancha y en mal estado, labios resecos.

Era un adolescente.

Desenganchó la radio del cinturón. No alcanzó a llevársela a la boca para pedir refuerzos cuando el joven se estremeció de pies a cabeza y se cubrió con los brazos. Temblaba de manera violenta, un llanto gastado se le escapaba de los labios.

Sungguk volvió a guardar la radio y alzó las manos, la linterna en alto.

—Está bien, está bien —susurró, intentando tranquilizarlo—. No te haremos daño.

Pero el muchacho seguía soltando gemidos entrecortados, rasposos, horribles, un lamento fantasmal.

—Minki, pide refuerzos. Hay un adolescente aquí —escuchó a su compañero jadear y apresurarse por el segundo piso—. Y que haya un psicólogo entre ellos.

Por su entrenamiento en la academia, Sungguk sabía que debía retroceder, no acercarse a la víctima, no hablar con ella y esperar a que un especialista llegase. Sabía que eso era parte del protocolo, porque una víctima debía tener su primer contacto con alguien capacitado para atender sus necesidades, resguardarlo y volverse parte de su zona segura. Las víctimas generaban una dependencia psicológica con la primera persona que los ayudaba, y Sungguk, que no tenía la preparación para sobrellevar aquello, podría causar un desastre si el chico se apegaba a él.

Pero no podía dejarlo ahí, no podía bajar al segundo piso e ignorar su estado a la espera de que llegase alguien para saber cómo manejar la situación.

Dejando la linterna en el suelo, terminó de subir hasta llegar al tercer piso, puso sus manos en alto.

—Minki, no subas —pidió con la voz más suave y controlada que podía emitir—. Está aterrado.

Apenas su pie terminó de abandonar la escalera, esta se plegó en sí misma dejándolos a ambos encerrados en la oscuridad, solo un pequeño haz de luz se colaba por la ventana.

El chico continuaba temblando de manera violenta.

A los catorce años Sungguk había encontrado un perro maltratado en la calle. Ese día descubrió lo peligroso que era moverse de manera brusca ante un animal que desborda pánico y adrenalina por sus venas. La cicatriz de la mordida en su antebrazo era un recordatorio latente de lo cuidadoso que debía ser. A los dieciséis, cuando rescataba al sexto perro, aprendió a no acercarse hasta que el otro lo aceptara y le permitiera invadir su territorio. La cicatriz en su tobillo era otro de esos recordatorios.

Así que se movió de la misma manera precavida con la que ayudaba a un animal maltratado. Suave, no amenazante, lento y cuidadosamente, manteniendo una postura relajada y una expresión amistosa, hablando bajito y fluido, suave, con cariño. Sin

embargo, aquello parecía no tener efectos en el muchacho, de piernas desnudas, que continuaba retrocediendo.

A simple vista, por lo delgado que estaba, le pareció que era un adolescente de no más de diecisiete años. Pero se equivocaba, debía bordear los diecinueve. Demonios, ¿qué hacía alguien de su edad encerrado en un altillo?

Maltrato.

Secuestro.

Sungguk se imaginó lo peor, porque solo lo peor podría conllevar una escena así.

Sentía ganas de vomitar.

Intentó relajarse. Si Sungguk no estaba bien, el muchacho iba a alertarse más.

Lo vio arrastrarse, todavía con los pies por delante y los brazos estirados. Las lágrimas caían sin control por sus mejillas. Su avance se interrumpió cuando colisionó contra la esquina del entretecho, quedando sin lugar de escape. Su pecho subía y bajaba en el más terrible y profundo pánico.

Sungguk meditó sobre si regresar y esperar a que llegasen los especialistas.

Sí, era lo mejor, él no podía con esa situación, era un simple novato con su primer caso real.

Retrocedió con la misma tranquilidad hasta llegar a la puerta. Intentó abrirla dándole una pisada para que bajase con su peso. No se movió, parecía atascada. Sin apartar la mirada del chico, intentó hacer más presión. Recorrió el piso en búsqueda de una ranura o algo que abriese la puerta. Tampoco nada. ¿Por eso el chico estaba ahí? ¿Se habría quedado encerrado? ¿Pero en qué circunstancias? ¿Quién era ese muchacho? La vecina no había mencionado parientes, el único hijo de la víctima estaba muerto. ¿Sería un nieto?

—Minki —llamó, intentando sonar lo menos amenazante. Todavía tenía las manos en alto y una expresión calmada—, ¿te dieron tiempo de espera?

—Cuarenta minutos —escuchó la voz amortiguada por la madera. Era demasiado tiempo—. Me estoy volviendo loco acá abajo, ¿quieres que suba?

—No, quédate ahí —meter a una segunda persona, que además era otro hombre (por muy inofensivo y tierno que pareciese y fuese Lee Minki) no era una buena idea, solo haría que el muchacho se sintiese más amenazado.

Sungguk inspeccionó el cuarto. Había un baño en una de las esquinas junto a un lavamanos, un colchón y un montón de libros desperdigados por el lugar. ¿Un baño?, pensó. ¿Por qué habría un baño en el entretecho? ¿Cuánto tiempo llevaría encerrado ese chico ahí? ¿Y quién sería? A diario desaparecían tantos jóvenes, que perfectamente podría ser alguno de ellos.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, de pronto sintió la necesidad de hacer algo, lo que fuera. No podía seguir viendo esa mirada grande llena de profundo terror. Y además parecía muerto de hambre.

Hizo lo único que se le ocurrió en el momento. Posiblemente sería reprendido por ello, incluso amonestado, pero, ey, estaba encerrado en un altillo con una víctima de un presunto secuestro y los especialistas estaban a cuarenta minutos de aparecer. No podía quedarse ahí observándolo morir de hambre, así que, de manera lenta y pausada, para que el muchacho pudiera captar y procesar sus movimientos, se llevó una mano al bolsillo superior de la chaqueta, la cual estaba un tanto mojada por la lluvia. Sacó una barra de cereal ultranutritiva.

Sabía que el chico podría enfermarse del estómago, pero debía hacer algo por él.

No podía con esa presión psicológica que empezaba a enloquecerlo. Era, como dijo la vecina, efectivamente demasiado

joven. Sungguk no tenía ese tipo de experiencia, solo rondas de rutina, arrestos a menores por beber en la vía pública, nada más.

De pronto, el chico tenía puesta su atención en la barra de cereal. Había dejado de temblar, sus lágrimas ya estaban secas y los ojos se abrieron llenos de atención.

Era realmente hermoso.

A pesar de su delgadez y el obvio estado de abandono, era un chico muy bonito. De ojos asiáticos aunque grandes, nariz alta, labios no demasiado gruesos con forma de corazón, cejas abundantes, solo un doble párpado que le daba una asimetría a su mirada que solo le sumaba belleza. Tenía el cabello castaño claro, un color que escapaba del coreano común y que le indicaba tal vez una mezcla con occidental.

Se aclaró la garganta para captar su atención.

—¿La quieres? —preguntó Sungguk.

No reaccionó a sus palabras.

Alzó la barra de cereal hasta casi tenerla a la altura de su cara.

—¿La quieres? —volvió a insistir.

Notó que el chico miraba sus labios y que su entrecejo se fruncía. Lo vio apretar un poco más las piernas contra su pecho, su vista volvió a la barrita de cereales.

Estaba a punto de preguntar una tercera vez al notar el movimiento casi imperceptible: el chico asintió.

Sungguk le sonrió.

En ese momento, ninguno de los dos se dio cuenta de que habían roto la primera barrera entre ambos: la de la desconfianza.

3

Sungguk consideró lanzarle la barra de cereales al colchón, aunque, si lo hacía, estaría perdiendo una gran oportunidad para que el chico confiara en él y le permitiera acercarse más. Así que, con la barra todavía en alto, dio un pequeño paso, atento a la reacción del chico. Este se estremeció y apretó las piernas más hacia él. Pero al menos no le pidió a Sungguk que retrocediera, eso debía ser una buena señal. Dio otro paso, y otro, y otro, hasta que quedaron a menos de dos metros.

Procurando en todo momento evitar los movimientos bruscos, flectó las piernas para arrodillarse frente a él. Rebajarse a la altura de un animal asustado lo había salvado de una tercera mordida un montón de veces. Cuando su trasero descansó en sus talones, estiró la mano para entregar la ofrenda.

—Ten —le dijo meciendo el paquete entre sus dedos.

Como la vez anterior, los ojos del chico se desviaron a los labios de Sungguk.

Todavía receloso, se acomodó en su posición sin acortar la distancia entre ambos.

—¿Quieres que me acerque para entregártela? —preguntó Sungguk.

Captó el movimiento de sus labios con la cabeza ladeada. Esta vez no asintió, pero tampoco se negó.

Sintiendo las piernas entumecidas por la posición, se movió hacia adelante apoyando las rodillas en el suelo para estirarse y alcanzarlo con el brazo.

El movimiento fue rápido y repentino, Sungguk no lo vio venir hasta que el chico estuvo casi encima suyo. Luego, como si nada hubiera ocurrido, volvió a encogerse en su rincón, afirmando

el paquete pequeño contra su pecho, que se alzaba y bajaba a gran velocidad.

Sungguk pestañeó desconcertado, intentando no demostrar el golpe de adrenalina que le vino ante el movimiento repentino. ¿Y si el chico se le hubiera tirado encima? Estaba desprevenido y desarmado. Quitándose esa sensación del cuerpo, volvió a sentarse en sus tobillos, ahora la distancia entre ambos era de solo un metro.

El recelo aún brillaba en la mirada del muchacho. Pasaron lo que pareció una eternidad inmóviles como piedras. Y entonces, con lentitud, los dedos del chico fueron al borde del paquete y empezaron a abrirlo.

Con mucha tranquilidad, Sungguk lo observó intentar rasgar la envoltura una y otra vez. Y supo que no sería capaz de hacerlo por sí solo, temblaba demasiado y parecía muy desesperado, además era de esos envases difíciles de abrir a los que Sungguk les aplicaba dientes para despedazarlos.

—¿Quieres que lo intente yo?

Sin embargo, el chico no le prestó atención, demasiado concentrado en lo suyo, con la lengua un poco afuera. Era evidente que ya no se sentía intimidado.

Tras unos segundos en que sus dedos no hicieron más que resbalar por el plástico brillante, tomó abundante aire y se lo tendió a Sungguk con una expresión molesta y frustrada. Habría sido enormemente tierna de haber tenido las mejillas más abultadas.

Sungguk lo recibió con una sonrisa que no pudo contener.

—¿Ya no lo quieres? —le preguntó, los ojos del chico volvieron a sus labios.

Él negó con mucha decisión y se cruzó de brazos, bastante enfurruñado.

Sungguk decidió ayudarlo llevándose el paquete a la boca para afirmar una de las puntas con los dientes y rasgar el plástico.

De inmediato la expresión del chico se llenó de tristeza y conmoción. Para cuando Sungguk logró desenvolverlo y tendérselo, el muchacho se quedó desconcertado.

—Listo, ahora puedes comer.

Con un tanto de reticencia y desconfianza, el chico estiró el brazo. Luego hizo un movimiento brusco y se lo llevó a la boca para devorarlo desesperado.

—Más lento, te ahogará —le pidió.

Fue ignorado. El chico tardó segundos en masticar y tragárselo todo, dirigiendo su mirada suplicante y tímida otra vez a Sungguk.

—¿Quieres más? —preguntó.

Dudó unos segundos, apegando otra vez las piernas desnudas contra su pecho. Por primera vez Sungguk estuvo lo suficientemente relajado para notar que el chico vestía ropa ligera, iba cubierto solo con una camiseta grande que apenas cubría su ropa interior oscura.

Debía estar muriendo de frío.

Sungguk estaba tan perdido en su contemplación, que casi se perdió la afirmación apenas perceptible del muchacho.

Sungguk rebuscó en su chaqueta una chocolatina. Era la última golosina que le quedaba. Siempre llevaba un par escondida en los bolsillos, porque... bien, quería decir que era para ayudarse con los niños en algunas situaciones, pero lo cierto es que él era un glotón que pasaba todo el día masticando algo. Encontró el chocolate en uno de los bolsillos delanteros.

Esta vez el chico se lo arrancó de las manos apenas se la tendió, lo que hizo que Sungguk alzara las cejas sorprendido. Iba a comentar algo con respecto a eso, mientras el muchacho abría el envoltorio y se echaba el chocolate en la boca, cuando Minki interrumpió el silencio.

—Sungguk, en serio he sido paciente, pero estoy enloqueciendo aquí abajo —dijo con voz amortiguada—. ¿Me dices si estás vivo o si tendré que sacar dos cuerpos de esta casa?

Muy profesional, Minki, pensó. Quedaba claro que ambos eran solo unos policías novatos.

—Estoy bien.

—El grupo está a menos de diez minutos —informó.

Diez minutos, bien, bien, podría aguantar.

Sungguk se distrajo unos segundos al quitarse la chaqueta. Al tendérsela al chico, notó que este se había encogido en el colchón. Preocupado, hizo un movimiento para acercársele. Se contuvo a último instante. Idiota, él no podía tocarlo.

—¿Pasa algo? —le preguntó preocupado.

Sungguk escuchó un suave y rasposo gemido, un tanto forzado y antinatural. Se le erizaron los pelos de la nuca al ver al chico afirmarse el estómago con los ojos cerrados, arrastrando sus piernas hasta quedar como un ovillo. Demonios, ese dolor de estómago era por su culpa.

—Te voy a cubrir —advirtió, colocándole el abrigo encima.

El muchacho abrió los ojos de par en par dando un brinco del susto, todos sus músculos estaban tensados y sus sentidos en alerta máxima. Sungguk alzó las manos y bajó los hombros para lucir más pequeño, aunque estaba a dos centímetros de llegar al metro ochenta.

—Para que no pases frío —explicó.

La mirada del chico volvió a los labios de Sungguk, aquella expresión de terror disminuyó. Escondió parte del rostro debajo de la chaqueta.

—¿Ves que así estás más calentito? —susurró con una media sonrisa.

Procurando que lo estuviese observando, acercó la mano y le apartó el flequillo claro que caía por la frente. Lo vio paralizarse, su respiración atascada en sus pulmones. Pero luego su expresión

se relajó y su cabeza se inclinó hacia la caricia. Los dedos de Sungguk se enredaron en los mechones suaves y los apartó, luego su dedo se deslizó por el borde de la mejilla y mentón.

—Estarás bien —le prometió—. Yo te ayudaré.

Pero Sungguk sabía que era una promesa vacía porque, apenas llegase el escuadrón de rescate, lo sacarían del caso y todo lo que pudiese averiguar de ese chico sería por otros oficiales.

De pronto esa idea lo entristeció.

Escuchó en la calle el ruido de neumáticos frenando sobre el asfalto mojado, después la voz de Minki mientras el muchacho le sostenía la mirada con ojos brillantes.

—Sungguk, están aquí —avisó su amigo.

Lo siguiente pasó demasiado rápido. Los pasos en el primer piso fueron como música ambiental, las puertas de las patrullas abriéndose y cerrándose, un contingente policial completo llegó a escena. La puerta trampilla se abrió y Sungguk se giró, estirando los brazos a los costados para cubrir al chico con su cuerpo. Sin embargo, nadie subió. Entonces su radio, que iba enganchada al cinturón, emitió un ruidito.

—Oficial Jong —hicieron contacto con él.

Quitó el aparato y se giró hacia el muchacho para comprobar su estado. Había tomado asiento en su rincón, escondiéndose detrás de la chaqueta. Su expresión otra vez era de pánico.

—Al habla Jong —contestó, intentando sonreírle para tranquilizarlo.

—Kim Seojun —se presentó la voz masculina—, psicólogo asignado al caso. Estoy en el primer piso, necesito que baje.

—¿Que baje? —repitió Sungguk, no despegaba la mirada del chico—. ¿Que yo baje? ¿O que baje al chico?

—Usted, oficial.

—¿Y lo dejo... solo?

En respuesta, la boca del muchacho se abrió unos milímetros y un llanto rasposo y terrible escapó de ellos, poniéndole los pelos de punta a Sungguk. Las lágrimas no tardaron en llegar.

Pero lo que siguió, Sungguk no lo vio venir.

Un brazo salió disparado debajo del abrigo y lo afirmó, los largos dedos se incrustaron en su piel casi de manera dolorosa. Y negando con violencia, el muchacho cerró los ojos aferrándose a él.

Jong Sungguk entendió el primer error de la noche.

El chico había generado un apego emocional hacia él.

Todo lo que Moon Daehyun conocía del mundo exterior era lo que alcanzaba a divisar por la ventana del altillo, en donde pasaba horas enteras escondido detrás del visillo blanco contemplando hacia afuera. Cuando era pequeño, el cartero transitaba todos los días a las nueve de la mañana por su calle; con los años, ese anciano hombre de ojos pequeños dejó de hacerlo, dándole paso a diversas empresas de transporte. Daehyun también sabía que la vecina de al frente tenía un pequeño perro de orejas alargadas, al cual sacaba a pasear cada tarde. Cuando Daehyun cumplió quince años, dejó de ver al perrito y su vecina no volvió a pasear por la calle. Y, por último, también sabía que los niños regresaban a sus casas entre las cuatro y cinco de la tarde, con sus grandes mochilas golpeando sus espaldas al corretear adelante o detrás de otro. Pero finalmente esos niños crecieron, al igual que él, y dejaron de correr, ya demasiado distraídos en sus celulares.

Celulares.

Moon Daehyun siempre había querido uno.

Todas las tardes a las ocho, él se sentaba en el living con su abuela Lara a ver el episodio del dorama que estuviesen siguiendo. La gente en la televisión usaba celulares para escribirles a otras personas y mandar mensajes de amor. Él también deseaba que alguien le enviara un mensaje. Pero cuando le preguntó a su abuela, hace ya tres años, si podía regalarle un celular explicándole que lo necesitaba para que la gente pudiese escribirle y así decirle que lo querían, ella simplemente le contestó:

«¿Para qué? Me tienes a mí todos los días contigo, bonito».

«Bonito».

Esa era otra palabra que le gustaba.

En los doramas que seguía con su abuela, la gente se trataba de bonito, precioso, hermoso. Y siempre tenían a alguien que los amase. La gente bonita tenía gente bonita que la quería. Su abuela decía que él era precioso, ¿por eso él tenía a su abuela? Pero ya no la tenía, se recordó. Él llevaba meses sin ser bonito, había estado muy enfermo y por eso su abuela se había ido para siempre. No era bonito, entonces no tenía a alguien bonito que lo quisiera hasta que unos ojos preciosos como los de un corderito lo observaron por la puerta abierta de la trampilla. Y Moon Daehyun volvió a sentirse otra vez bonito porque alguien precioso había ido por él.